

era de cera para el sentimiento y de bronce para la resistencia.

XXXIII

EN LA IGLESIA DE***

I

Era una iglesia humilde de arco elíptico, la iglesia donde entramos, en la que desde hace trescientos años inmenso número de fieles se habían postrado a orar.

* *

Aquella iglesia estaba triste y silenciosa a la caída de la tarde; el altar no tenía servidores, y como un corazón sin amor, tenía apagadas las luces.

* *

Las antífonas, cuyos cantos reglamentó en los tiempos primitivos San Pablo, sobre las sillitas del coro, desde donde toman el vuelo, habían plegado sus alas.

* *

El inspirado músico, que sobre todos los asistentes esparce sus simpatías, había abandonado ya el órgano, cuerpo vasto, que se había quedado sin alma.

* *

Habían desaparecido de él las manos que le hacían lanzar sonidos por todas sus lenguas y que hace poco hacían estremecer al órgano, arrancándole notas sonoras.

* *

Las hacían brotar sus manos soberanas, crispándose y alargándose sobre el teclado, y fluir a lo largo de los grandes tubos de metal, como fluye el agua de una esponja.

* *

El majestuoso órgano estaba gravemente silencioso en la solitaria nave, sin producir el único concierto, el único gemido que encadena la tierra con el cielo.

* *

Sin producir la única voz que puede, como el murmullo de las olas y como el susurro de los bosques, balbucear en la tierra el principio de las cosas infinitas.

* *

Se adormecía la iglesia a la hora en que tú te duermes, tranquila naturaleza, y apenas alguna lámpara para allá en el fondo de los corredores alumbraba chisporroteando en la sombría obscuridad.

* *

Apenas se oía flotar en ella algún suspiro, alguna palabra pronunciada en voz baja, como cuando por un bosque que se adormece se oye pasar el último vuelo de un pájaro.

* *

Y experimentábamos con emoción creciente bajo aquellas bóvedas sombrías, que algo grandioso, santo y delicioso se disipaba en la obscuridad.

* *

Aquella iglesia estaba triste y silenciosa a la caída de la tarde; el altar no tenía servidores, y como un corazón sin amor, sus luces estaban apagadas.

* *

Entonces, tembloroso, inclinasteis la taciturna frente, como barco que zozobra, mientras que fuera de la iglesia se oía en la ciudad pasar inmenso murmullo de voces.

II

Las voces que pasaban decían alegremente: — «Disfrutemos de los goces del mundo; para nosotros las copas de oro llenas de vinos deliciosos; para los demás los cálices rebosantes de amargura.

* *

«Gocemos! La vida es corta y pasa con rapidez; nadie sabe cuándo ha de morir; la lazada que une al cuerpo con el alma se desata en el momento en que menos lo esperamos.

* *

«Tomemos de los objetos lo agradable que contienen; el calor de la llama, el vino de la uva, el aroma de la flor y el amor de la mujer.

* *

«Gocémoslo todo; de la primavera hasta la última brisa, del día hasta el último rayo de luz, de la hermosura hasta la postrera sonrisa.

* *

«Apurémoslo todo, que transcurra nuestra vida de embriaguez en embriaguez; amigos míos, lo que va a perderse muchas veces nos acaricia mejor.

* *

«Del licor que apuramos prefiero siempre el del fondo del vaso, que suele ser más dulce la última gota de la copa.

* *

«¿Por qué todos gustamos siempre de sumergirnos en el mar de

las voluptuosidades? Por ver si alguna perla desconocida se halla oculta en el fondo de esas olas.

**

»Nos satisface desflorar apenas lo que podemos gozar; de nada vive vivir faltos de aliento, como los niños cuando acaban de correr por las llanuras.

**

»Gocemos libremente; nada tenemos que hacer; la felicidad nos invita; hagamos que, como un tizón encendido bajo el morillo, se deslice brillante nuestra vida.

**

»No imitemos al loco que vive entregado al fastidio y que pasa la vida suspirando; los frutos más hermosos que produce la tierra suelen comerlos las bocas que ríen.

**

»Como nosotros que reímos, los que viven tristes también manciñan algunas veces su alma; para emponzoñar sus corazones basta que lancen sus rayos el oro o la mujer.

**

»Caen como nosotros a pesar de su loco orgullo y de su sufrimiento estéril; las olas más gi-

**

»Vivamos, pues, y bebamos, desde la noche hasta la aurora, para olvidarnos de nosotros mismos, y despleguemos alegremente el mantel del festín, para que sirva de mortaja a los pesares.

**

»La tristeza letal es la sombra que proyecta andando el placer; caminemos, pues, dirigiendo la vista hacia el sol y no veremos esa sombra.

**

»Nada debe importarnos el dolor, la desgracia y la desesperación que produzcan las alegrías, ni que dejemos tras de nosotros algo sombrío que se arrastre por nuestro mismo camino.

**

»Ni lo sabemos ni queremos saberlo! Aléjense de nosotros los pesares y los dolores; cuando marchitamos coronas de flores, ¿quién se compadece de las rosas?

**

»Los verdaderos bienes de este mundo, y en el otro no pensamos, consisten en todo lo que nos regocija, en todo lo que nos propor-

ciona un canto, un rayo de luz como los hay que velan por los niños?...

**

»No consisten en el mañana, sino en el hoy; en todo lo que nos hace gozar o reír, en unos ojos enamorados, en senos palpitantes.

**

»Consiste en la orgía opulenta que causa la envidia de los que están excluidos de ella, que ríe y se tambalea a la luz de las antorchas.

III

Y mientras esas voces, que aumentaban incesantemente, exclamaban:—«Alegría, placer, goces, y felicidad», vosotros exclamabais:—«Recemos».

IV

Mientras esas voces alborotaban, vosotros murmurabais con acento débil:—«¡Dios, que me habéis criado, me reservasteis para el combate del mundo, combate que me hace temblar!

**

»Tened compasión de mí. El esquife que me arrastra no tiene velas ni remos; ¿por qué no tenéis ángeles que velen por las mujeres,

**

»Sé que los días de nuestra vida son un soplo ante vuestra eternidad; sé que sólo vos sois el Ser real, eterno y luminoso, y que todo lo demás es sombra.

**

»Lo sé; pero en esta sombra en la que fluctúan nuestros corazones, pregunto dónde está mi camino. ¿Alguien me responderá? Suplico y espero, llamo y escucho.

**

»Pero nadie me contesta ni viene, y a cada momento veo que se tienden lazos por la vía que he de seguir. ¿Por qué no tenéis ángeles que velen por las mujeres, como los hay que velan por los niños?

**

»¡Señor! Carezco del hogar tranquilo, de la familia cariñosa; ni poseo palacio soberbio, ni pobre cabaña, ni faro que me enseñe el camino, ni amistad que estreche mi mano, ni amor que la acaricie.

**

»¡Señor! Estoy sola en el mundo; en él vegeto y lloro; olvidada entre

las ruinas de todos mis seres queridos, paso la vida en la soledad.

* * *

»Sin embargo, no he causado ningún daño a ese mundo que no se preocupa de mí, y vos sabéis que mis acciones dignas me permiten levantar la frente.

* * *

»La mitad de lo que poseo no dado gustosa a los pobres y nadie me compadece, a mí, que tengo compasión de todos; a mí, que sufro y que alivio los dolores ajenos.

* * *

»Ya lo sabéis, Señor; no hay nadie que enjague mis lágrimas; todo aquello en que apoyo mi mano se rompe, todo tiembla bajo mis pies.

* * *

»En la cuna no tuve juguetes y en la vida no conseguí felicidad. Señor, esta no es vuestra ley. Los rayos del sol, en mi cielo tempestuoso, uno tras otro se desvanecen.

* * *

»Ni siquiera disfruto del flujo y del reflujo de las claridades y de las sombras; mi espíritu de día en día se sumerge más cada vez en pensamientos lúgubres.

* * *

»Si es cierto que en los corazones inocentes que sufren difundís vuestra gracia, Señor, sostenedme, sostenedme, porque estoy a punto de caer!»

V

Contemplando estaba yo a la que a Dios dirigía sus preces en el sagrado templo, y encontrando grave y digna de aquel lugar sagrado a la hermosa desconsolada, le dije:

VI

—«Señora, ¿por qué os atormenta ese pesar, por qué no secáis las lágrimas, poseyendo como poseéis ese delicioso corazón, obscuro como la noche y tierno como la aurora?»

* * *

»¿Qué os importa que la vida, que tan desigual es en el mundo sea aciaga para vos, si estáis dotada de un alma angelical?»

* * *

»Quizás muy pronto esa alma volará a las regiones celestiales y os conducirá a ellas, librándoos de los sufrimientos y de las amarguras de la tierra.

* * *

»Sed como el pájaro que se posa un instante en una rama frágil, y que aunque conoce que ésta se dobla, canta, sin preocuparse por ello, porque sabe que tiene alas».

25 de octubre de 1834.

se reíría de mí el que así me viera porque, lejos del tumulto de mundo, tus púdicas canciones, tus nobles elegías, vírgenes de suaves contornos y de miradas azules, pasan ante mi vista, llevando en sus frentes puras, en los sonetos esculturales, tu hermoso estilo, que lanza chispas de inspiración en frescas metáforas.

24 de octubre de 1835.

XXXIV

ESCRITOS EN LA PRIMERA PÁGINA DE UN EJEMPLAR DEL PETRARCA

XXXV

Cuando con el alba del cariño se colora mi alma; cuando, casto amante de Laura, sin sentir el viento helado de la burla, mi pensamiento, como una flor, se abre hoja a hoja en las profundidades del corazón, tomo tu hermoso libro, encendido en luz celestial, en el que con frecuencia, junto al éxtasis, murmura la resignación; ¡tu hermoso libro, en el que se ve, como un oleaje de cristal, que por arenas de oro fluye a su capricho, tanto amor correr sobre tanta poesía! ¡Llego a tu fuente predilecta, y sentado junto a ella, leo de nuevo tus misteriosos versos, ese envidiable tesoro, esa flor amorosa que, encerrada en los bosques, después de quinientos años perfuma aún a Vaucluse! Mientras que leo ese libro, meditabundo y reflexionando,

Hay hombres que en todos los sentidos dejan que transcurra su vida, entregados a sus deseos y a sus instintos; todo en ellos ocurre a la merced de lo que sobrevenga; la acción carece en ellos de dirección y el pie de inteligencia; siguen a la ventura el proyecto o el desvarío de los demás, entran por las puertas que se les abren y se dejan llevar por el viento que sopla; sólo los absorbe la brevedad del presente; ni piensan en el pasado ni se preocupan del porvenir. Su espíritu flota y duda. Marchan sin preferir ningún camino, y todo se borra en ellos mesuradamente, el fastidio con la alegría, el ayer con el hoy. Viven no más para el día. No tienen trazada ninguna regla que ponga límite a sus deseos. Cuando piensan una hora, según lo exigen las pasiones, nada lejano influye en su existencia; en la idea que siguen

en aquel momento, y para su tan hermosa, me parece que una corazón, que carece de cariño y música pura, igual y solemne, de pesares, el pasado no tiene al andar se desprenda de todos raíces y el porvenir no tiene flores. vuestros movimientos; los de las demás son rumores, pero los vuestros son un canto.

* *

17 de octubre de 1834.

Pero vos que sois la alegría de mi alma, que desde hace doce años fuisteis sucesivamente para mí ángel y mujer, sosteniéndome en las altas regiones y ayudándome en las bajas, ascendiéndome con vuestras alas o calmándome en vuestros brazos; vos, que hablando siempre con el corazón, hacéis perceptible a la vista la calma interior por medio de la paz exterior, la dulzura del espíritu por la salud del cuerpo, la bondad por la alegría y la virtud suprema por la suprema belleza; vos, que sois el faro que me guía, mi polo, mi imán, mientras que flotamos a merced de los acontecimientos, sabéis que todas las almas tienen que regirse por sus leyes, y todo en vos permanece sereno, fiel y resplandeciente, no descomponéis el todo armonioso, y como en la esfera celeste, nada en vos se transforma; sonriendo, vuestra alma se enlaza con vuestro espíritu; vuestra vida, algunas veces empañada por el llanto, secreta como el nido que gime en el bosque, como la muda corriente que fluye sobre el musgo, la forma el concierto dulce y tierno de la bondad, de la virtud y de la belleza, es un himno que cantáis a Dios. Al veros tan perfecta y

XXXVI

¡Sé para siempre bendita, Eva, a quien ninguna fruta seduce, que feliz habitas de la virtud las puras cumbres, alma sin tacha y sin repliegues, que bañas tus alas candidas en un arroyo misterioso, matizado de reflejos espléndidos, oculta y lejos de las miradas del mundo!

* *

¿Sabes lo que dice de ti el indigente cuando pasas? — «Esa es la mujer llena de gracia que sonríe al suplicante; conmovida por nuestro infortunio, inclina hacia nuestro lecho su radiante faz y palabras melodiosas salen para nosotros de sus tiernos labios.»

* *

¿Sabes lo que dice de ti la inconsolable viuda, dirigiendo las miradas al cielo? — «Llegó hasta mi un ángel a echar gotas de miel en la copa de mi amargura; como el rocío sobre la hierba, sobre mi miseria llovieron sus beneficios,

y se comprendieron nuestros corazones, a pesar de que era dichosa y yo desventurada.

* *

«Conocí que de ninguna impureza participa su alegría y que su frente es pura como el azul del cielo, y ella comprendió bien que el dolor en que estoy sumida da resignación a mis pesares; ella comprendió mis lágrimas y yo comprendí su sonrisa.»

* *

Para hablar de los huérfanos, cuando al amor del hogar, juntando mis rodillas, siento en ellas a tus hijos que se te parecen; cuando les refiero que en el invierno sombrío, el hambre y otras penalidades se apoderan de los niños pobres y abandonados, que vagan por las calles descalzos;

* *

Mientras en silencio el grupo de tus hijos me oye y suspira, ¿sabes qué parece que me digan con sus ojos, que son iguales a los tuyos? — «Pobrecitos niños, venid a nuestra casa y en ella todos nos esforzaremos por alegraros, y nuestra madre será una madre para vosotros.»

* *

¿Sabes tú lo que dice mi corazón? — «Ella es indulgente y cariñosa; sus labios no rehusan catar

el más amargo licor. Madre semejante a su hija, en medio de la familia, ilumina mi frente sombría con los rayos de su cariño y de su bondad.»

* *

Superior a las pasiones y dominando la cólera tu noble espíritu, sólo sabe realizar acciones nobles; cuando sobre nosotros difundes tus afectos, sometes a tu influjo nuestros corazones. Del cisne sólo pueden caer plumas blancas.

18 de octubre de 1835.

XXXVII

A LUISA B.

I

Al año que huye le sigue otro año; éste muere también a su vez; el tiempo no deja de caminar adelante, y acercándonos a los límites de la vida, un invierno más pasó sobre nuestras primaveras.

* *

El tiempo, los años y los días son palabras en las que la multitud no se fija bastante, son palabras profundas que nunca medita; de las horas que huyen escuchan los consejos muy pocos mortales.

* * *

Los hombres gastan las horas fugitivas en satisfacer sus locas pasiones, en locas voluptuosidades, creyendo que Dios los echó al mundo sólo para gozar de los cantos, de los banquetes, de las risas y de la hermosura.

* * *

Consuma el hombre inútilmente la vida entregándose a los placeres. ¿Está seguro de vivir mañana? ¿Está seguro de vivir hoy? Malgastando sus días, ¿sabe qué es lo que malgasta? No cuenta su número, pero lo cuenta Dios.

* * *

Apenas le ocurre un pensamiento serio, cuando, en un banquete que satisface sus deseos, embriagado, en él comprende que se le debilita la cabeza y que caen al mismo tiempo las flores que le coronan y sus propios cabellos.

* * *

Cuando todos sus proyectos, uno tras otro, prematuramente se deshacen; cuando ve morir sus ilusiones; cuando conoce que el nivel de sus días, que se escurren, baja rápidamente como un torrente en el verano,

* *

Entonces, extrañándose, parece que reclama, y pregunta:—

«¿He apurado todo ese licor? ¿No tengo ya vino para aplacar mi sed, ni amor para saciar mi alma? ¿quién ha vaciado al mismo tiempo mi copa y mi corazón?»

* * *

Al ver que nadie le contesta, sumido en la tristeza, con la frente pálida, débiles las manos, helado su aliento, vanamente remueve dentro de sí mismo el montón de cenizas del fuego extinguido que se llama ayer.

II

Así transcurre para nosotros la vida; pero vos, dotada de alma fuerte y de corazón magnánimo, exclamáis:—«Nada me importa que el tiempo huya sin cesar y que su soplo arrastre a su paso, a través de la duración y del espacio, los hombres y los días.»

* * *

Porque tenéis afición a lo único que puede vivir, inclináis la frente sobre el libro del Dante o sobre las notas de Mozart. Sois apasionada por todo lo inmortal, y nada de lo que el tiempo arrebatara atrae vuestros pensamientos.

* * *

Algunas veces, cuando el espíritu os conmueve, ardientes cantares se escapan de vuestra alma, música que entona cantos irresistibles,

cuyos sonos, que son más ligeros que el alma de los céfiros, palpitan y hacen vibrar como liras las fibras de nuestros corazones.

* * *

En este siglo en cuyo horizonte brillan relámpagos, en el que el mundo, lanzado de tempestad en tempestad, clama presa del terror, en medio de la noche, que se condensa más y más a cada momento, conseguís conservar una serenidad que atraviesa sin turbarse la borrasca exterior.

* * *

Vivid siempre así, consagrada a la familia, que es el centro a cuyo alrededor todo gravita y brilla; seguid prodigando la indulgencia y economizando el vituperio; seguid siendo la mujer de corazón grave y cariñoso, que es seria para con el hombre y juguetona con el niño,

* * *

Ya que para conservar la belleza del alma, para llenar el corazón y la cabeza de pensamientos nobles tenéis lo que en el mundo, después de Dios, es más querido y más sagrado, un padre con cabellos blancos.

31 de diciembre de 1831.

XXXVIII

LA DUDA

A LUISA B.

En nuestros días—compadecednos, mujer tierna y noble,—el interior del hombre presenta un sombrío cuadro, en el que una serpiente visiblemente aparece en el manantial del agua, y la incredulidad se arrastra en el fondo de nuestro corazón.

* * *

Vos, que nunca contestáis con una sonrisa sarcástica a las aflicciones que perturban las almas; vos, que vivís siempre serena, atenta y oculta; que juntáis a una inteligencia varonil, el delicado corazón propio de la mujer;

* * *

Si me preguntáis vos, que sois musa, a mí, que soy poeta, por qué vivo agitado, por qué está mi frente sombría, por qué en la inquietud se arrastra mi vida como en el aire una rama desgajada, por qué quiero saber qué es lo que murmuran los vientos, por qué continuamente permanezco en vela meditabundo, o por qué despierto de mi sueño antes que los pájaros y antes que los niños;